

Chernoblues
De la servidumbre voluntaria a la
necesidad de servidumbre
- seguido de *La sociedad nuclear* -
ROGER BELBÉOCH

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo y Emilio Ayllón

Pepitas & El Salmón

Título original:

Tchernoblues. De la servitude volontaire à la nécessité de la servitude
L'Esprit Frappeur, París, 2001.

La société nucléaire,

publicado originalmente en

Les Notions philosophiques. Dictionnaire, vol. II, pp. 2402-2409.

Presses Universitaires de France, PUF, París, 1990.

La primera edición española fue publicada en 2011 con el permiso del autor, Roger Belbéoch, fallecido pocos meses después. Su viuda, Bella Belbéoch, falleció en 2016. Hemos tratado, en vano, de contactar con sus posibles herederos. Quedamos a su disposición para tratar los derechos de autor concernientes a esta obra.

© Pepitas ed. & Ed. El Salmón

Primera edición: diciembre 2019

Título: *Chernoblues. De la servidumbre voluntaria a la necesidad de servidumbre,*
seguido de *La sociedad nuclear*

Autor: Roger Belbéoch

Traducción: Javier Rodríguez Hidalgo (*Chernoblues*) y
Emilio Ayllón Rull (prefacio y anexos de *Chernoblues* y *La Sociedad Nuclear*)

Diseño de la colección: Julián Lacalle y Miguel Sánchez Lindo

Maquetación: Miguel Sánchez Lindo

Corrección ortotipográfica: Salvador Cobo

Impreso por: Kadmos

ISBN: 978-84-120322-4-6

Depósito legal: M-36685-2019

Pepitas de Calabaza ed.

Apartado 40, 26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

Ediciones El Salmón

C/Elda 18, bajo, 03012 Alicante

revistaculdesac@gmail.com

Índice

| | |
|--|-----|
| UNAS BONITAS VACACIONES EN LA MISERIA DE LOS DEMÁS | |
| Nota a la presente edición | 7 |
| Prólogo a la primera edición española (2011)..... | 13 |
| | |
| CHERNOBLUES. DE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA | |
| A LA NECESIDAD DE SERVIDUMBRE..... | 27 |
| | |
| Apéndice I | |
| Los comprimidos de yodo, tranquilizantes contra la angustia nuclear | 85 |
| | |
| Apéndice II | |
| El <i>affaire</i> Bandajevsky | 93 |
| | |
| LA SOCIEDAD NUCLEAR..... | 111 |



Unas bonitas vacaciones en la miseria de los demás

Nota a la presente edición

En nuestras sociedades contemporáneas las tragedias ya no se repiten como farsas, directamente se transforman en destinos turísticos. Tras la emisión, en mayo de este año, de la miniserie *Chernobyl* el número de visitantes a la «zona de exclusión» fue de 12.591, según datos de la Agencia Estatal de Ucrania para la Gestión de la Zona de Exclusión. La empresa de turismo de aventura Explore, que ofrece un *tour* de cinco días llamado Discover Chernobyl, se felicitaba de haber cuadruplicado el número de clientes desde la emisión de la serie producida por HBO. El recorrido incluye una visita a «la ciudad fantasma de Prípiat», así como a la zona conocida como el Bosque Rojo (una de las zonas más contaminadas del mundo) donde la naturaleza supuestamente ha vuelto a resurgir de las cenizas radiactivas, y al conocido «sarcófago» del reactor número 4 que explotó la noche del 26 de abril de 1986 liberando una cantidad de radiación equivalente a veinte bombardeos atómicos como los de Hiroshima y Nagasaki.

No obstante, el incremento de turistas que optaron por pasar sus vacaciones contemplando el paisaje de devastación que provocó el accidente nuclear de Chernóbil se ha ido incrementando paulatinamente en los últimos cinco años, antes incluso de la exitosa serie. Si en 2014 fueron unas 8.000 personas las que recorrieron los lugares de la catástrofe nuclear, en 2018 el número de turistas alcanzó la cifra de 71.862. La banalización del mal no conoce límites en la era de la mentira desconcertante. La idea de que Chernóbil fue «sólo un accidente» que hoy podemos conmemorar alegremente, o incluso visitar los lugares irradiados con la intención de conseguir un *selfie* impactante, es una muestra más de esa servidumbre voluntaria de la que habló Roger Belbéoch en el libro que presentamos. Los miles de muertos provocados por el accidente, las consecuencias para la salud de miles de niños bielorrusos, la gran mascarada y las mentiras flagrantes de los «expertos» durante la gestión de la catástrofe y de las consecuencias posteriores, todo ello parece haber pasado al terreno de la ficción sin mayor problema. Como si el verdadero accidente no fuese más que un «hecho alternativo» a la serie de televisión. Si hace más de treinta años las mentiras políticas y científicas se hicieron necesarias para la gestión de una catástrofe inédita en la historia de la humanidad, con tal de contener el malestar social que podía provocar la mera enunciación de la verdad, la conversión en espectáculo a la que asistimos hoy parece indicar que ya no son necesarias las mentiras bien orquestadas por especialistas, ya que el autoengaño funciona muchísimo mejor.

La presente edición de *Chernoblues*, seguido de *La sociedad nuclear*, reproduce el libro que, en 2011, publicaron Malapata Ediciones y la Biblioteca Social Hermanos Quero, y que vio la luz justo en el momento en que otro accidente nuclear volvía a llamar la atención sobre el tipo de sociedad que exige la gestión

de la energía nuclear. El accidente de Fukushima supuso un relativo revés para aquellos que se congratulaban de haber dejado atrás catastróficos accidentes como el de Chernóbil, y que defendían la energía de fisión como única alternativa a los combustibles fósiles e incluso como un «mal necesario» frente al cambio climático. Pero también las consecuencias de Fukushima quedaron atrás. Como señalaran Nadine y Thierry Ribault en *Los santuarios del abismo* (Pepitas ed., 2013), muy pronto las autoridades y los expertos de la mafia nuclear se emplearon a fondo en restar importancia a las consecuencias del desastre de Fukushima, arremetiendo contra todo aquel que pusiese objeciones a la proliferación de la energía nuclear, y argumentando que la energía derivada de la combustión de carbón o de petróleo había matado a mucha más gente que el accidente de Fukushima y que, en cualquier caso, los «accidentes» sirven para mejorar la seguridad futura de una energía atómica que, sin que quepa la menor duda, sirve a la paz y la prosperidad.

Y, así, la sociedad industrial sigue su larga marcha hacia el desastre con aparente despreocupación. Actualmente hay más de cuatrocientos reactores nucleares funcionando en todo el mundo, y las previsiones del OIEA (Organismo Internacional para la Energía Atómica) es que para el año 2030 sean más de setecientos. La multiplicación de los riesgos de accidente, la gestión de los residuos, la proliferación de los llamados mini-reactores y el sometimiento de la población a las medidas de excepción que la gestión de la sociedad nuclear requiere, no parecen inquietar a casi nadie. En todo caso, habrá más material para series de televisión y nuevos lugares devastados de los que extraer en un futuro rendimientos turísticos.

De ahí que nos haya parecido oportuno reeditar este *Chernobylues*, donde Roger Belbéoch enunciaba las preguntas que ningún defensor de la energía nuclear quiere responder: ¿Qué tipo

de sometimiento requerirá un mundo totalmente nuclearizado? ¿Qué nuevas mentiras y manipulaciones serán necesarias para gestionar cualquier eventualidad y evitar que se convierta en una catástrofe social, ecológica y política?

Parece que en las sociedades industriales contemporáneas la única forma en la que se nos permite sobrevivir es bajo amenaza. La amenaza del cambio climático, la amenaza de la exclusión, la amenaza de la contaminación y las enfermedades, la amenaza de la escasez energética, la amenaza de un accidente nuclear... Todas ellas, nocividades del mundo que hemos construido en los últimos dos siglos de desarrollo económico, nos señalan un camino: el de la pérdida de libertad a cambio de un sometimiento «seguro», pero que cada vez es menos capaz de ofrecer seguridad a nadie. Ante esto, el autoengaño, la recreación ficticia de la catástrofe real, funciona como una especie de ansiolítico. Decir la verdad, en el contexto de este gran autoengaño, es algo a lo que pocos se han atrevido. Roger Belbéoch fue uno de ellos, uno de los pocos amigos que aún le quedaban a la verdad.

Nacido en París en 1928, Belbéoch se licenció en Física y trabajó para el CNRS, el Centro Nacional para la Investigación Científica, especializándose en la aceleración de partículas y en las radiaciones ionizantes, cuyos efectos sobre la salud empezó a investigar por su cuenta:

Yo trabajaba en un laboratorio de investigación científica donde había muchísima radiación. Y al principio, el problema de la radiación yo lo había presentado, pero yo no había aprendido nada [...] Se nos habían enseñado todas las propiedades de la física, de la química, etcétera... pero no sus consecuencias biológicas [...] Y como en esa época, hacia 1950-1955, ya había debates sobre la nocividad o inocuidad de las radiaciones, y como veía a mis colegas trabajar sin problema alguno, me dije que quería infor-

marme exactamente de lo que pasaba... Así que leí todo lo que pude encontrar, en particular material procedente de Estados Unidos, porque en Francia no había nada. Y entonces me preocupé por mi propia seguridad.

Junto a su mujer, Bella Goldsztein, también física —especializada en rayos x—, a finales de los años sesenta comenzaron a cuestionar no sólo la energía nuclear sino el rol de la investigación científica en general. A ello contribuyó en buena medida el movimiento *Survivre et Vivre*¹, fundado en 1970 por tres famosos matemáticos (entre ellos, Alexandre Grothendieck), que llevó a cabo una crítica profunda de la ciencia, la industria y la tecnología. La década de los setenta vio nacer en Francia un movimiento ecologista que tuvo en el matrimonio Belbéoch a su principal referente en lo que concernía a la crítica de la energía nuclear. Escribieron artículos en medios como *La Gazette Nucléaire*, revista editada por GSIEN (Agrupación de científicos por la información sobre la energía nuclear), organización fundada en 1975, y publicaron conjuntamente varios libros, entre los que destaca *Tchernobyl, une catastrophe. Quelques éléments pour un bilan*, publicado en 1993 y reeditado en 2012 por Éditions La Lenteur, y que probablemente sea el mejor estudio histórico sobre el accidente de Chernóbil y sus consecuencias.

Sin embargo, a Roger Belbéoch no le preocupaban únicamente los efectos de la energía nuclear sobre la salud y el medioambiente, sino también qué tipo de sociedad auspiciaba. Al igual que Lewis Mumford distinguía entre «técnicas autoritarias» y «técnicas democráticas», Belbéoch hacía hincapié en el hecho diferencial del «desastre» nuclear frente al resto de nocividades del mundo industrial:

1. Ediciones El Salmón está preparando la publicación de una antología de sus textos.

La energía nuclear, con sus potenciales accidentes, introduce una novedad en nuestra sociedad industrial. En su funcionamiento «normal», con su vasta cantidad de residuos, implica una estrategia de vigilancia durante un tiempo casi infinito, y por tanto cierto tipo de estructura social. En cuanto a los potenciales accidentes (cuya posibilidad ya nadie niega) implican para su gestión social una estructura autoritaria que no puede sino impedir toda evolución social. Abandonar la energía nuclear no supone únicamente evitar un desastre, sino también conservar la posibilidad de una futura evolución hacia una sociedad mejor.

Roger Belbéoch murió el 27 de diciembre de 2011, meses después de que viera la luz la primera edición en castellano de *Chernoblues*. Su mujer, Bella Goldsztein, falleció en 2016. Sirva esta reedición como modesto homenaje.

El Salmón & Pepitas
Otoño de 2019